

Guido Sáenz y el arte en Costa Rica

Existe un argumento median-
te el cual, hablar bien de una
persona se convierte, merced a
un mecanismo perverso, en un
acto de debilidad, en una espe-
cie de obsecuencia y modales
refinados, estudiados, que po-
seen distintas intenciones según
el caso. Por eso he esperado ha-
sta ahora para decir algunas co-
sas sobre Guido Sáenz. Ya no
estoy ligado a ninguna actividad
alentada por él. Somos al pre-
sente colegas en la Universi-
dad, y existe un futuro aún tí-
tubeante, que, de cobrar perfis
les, terminaría con su retorno
como actor en "Enrique IV" de
Pirandello, bajo mi dirección.

Camus decía que para un
hombre que no se hace trapas,
lo que cree verdadero debe
regir su acción. Si analizamos
la labor llevada a cabo por Gui-
do en favor, aliento, desarrollo
y concreción del arte en Costa
Rica, hay sobradas razones para
inclinarse ante un hombre que
no se ha detenido ante nada a
fin de que sus compatriotas
tengan lo mejor en el momento
en que deben tenerlo. Comple-
tamente opuesto en su forma-
ción a lo que podemos llamar
un "hombre político", Guido
Sáenz representa a mi juicio,
lo más sincero y honesto del ser
humano al servicio de su comu-
nidad.

El sabe muy bien que en cier-
ta materia de teatro no coinci-
dimos, y es probable que no
coincidamos nunca, sobre todo
en un concepto de lo que debe
ser un verdadero "grupo". Pe-
ro esto pertenece a una materia
sutilísima y personal. Lo impo-



Carlos
Catania

tante es lo que Guido Sáenz sig-
nifica en nuestro medio. Sin em-
bargo, a estas alturas, ponerse a
hablar de la Orquesta Sinfónica
Nacional, cuando ya lo han he-
cho firmas más ilustres y enten-
didas que la mía, sería asunto
trasnochado. Es la aventura
desproporcionada, contra todo
obstáculo, empecinada y ardoro-
sa, que Guido libró, lo que me
interesa. Las acciones donde se
juega uno la tranquilidad priva-
da, por el hecho de que ama
la música y quiere que todos la
tengan como posibilidad al al-
cance de la mano, son las que
determinan no sólo la honradez
de un individuo, sino ese extra-
ño amor loco, exultante, infini-
tamente despegado de todo
interés subalterno.

Guido Sáenz prueba con su ac-
ción que todavía es posible en
este mundo idiotizado y maqui-
nal, luchar por un ideal que no
pertenece a los ideales bastar-
dos del siglo. Luchar por la mú-
sica. La Música. Suena como los
cascos de Rocinante. Sin em-
bargo, si es que el hombre ha
de prevalecer, tendrá que deci-
dirse a intentarlo de verdad, y
uno de los caminos es éste que

Guido ha escogido. Es un cami-
no duro y desértico, dondē ape-
nas se alcanzan en compensa-
ción, algunas voces alentado-
ras. Todo alrededor se halla su-
mido en las alegrías fatuas de
nuestro tiempo. Guido sabe
sin duda que Chopin puede ha-
cer más por el hombre que cua-
renta trompetas apostadas en las
puertas del mesianismo con-
temporáneo.

En Navidad, cuando todos los
espíritus se reblandecen (no
cambian) alrededor de una tra-
dición que morirá a la semana
o antes, quizás sea necesario re-
cordar lo mejor de un año. Re-
cordarlo de verdad. Porque en
medio de los descabros que
agobian a la Humanidad, y que
nos gusta comentar, dictaminar
y pasearnos en ellos, florecen
también estos gestos simples y
grandiosos que nos acercan a
una imagen más acogedora de
nosotros mismos.

El arte en Costa Rica, lo que
tenemos, lo que vendrá, le debe
mucho a Guido Sáenz. Y esto es
bueno saberlo, y decirlo, y pre-
gonarlo, con el mismo entusias-
mo (o más) con que hacemos
correr un chisme barato, por las
calles de la intolerancia, el mis-
do y el resentimiento.

Es reconfortante saber que
existen en funciones "políticas"
hombres de aguda sensibilidad
artística, que prestan atención
a todo el mundo sin distinción
con la sencilla humanidad de
un Guido Sáenz. Estas son las
cosas que nos hacen pensar que
no todo está perdido. No to-
do. Hay también razones para
seguir.